

Эрмитаж*
(Primera entrada)



Por

Marley Cruz

San Petersburgo (Rusia)

Especial para la Revista Alternativa Multicultural

La Moviola

San Petersburgo es una ciudad hermosa, difícil resulta imaginar una ciudad más bella que esta joya anclada en el Báltico por Pedro el Grande, hace más de 300 años. Uno de los lugares más emblemáticos de esta ciudad es el imponente palacio de invierno: un edificio de estilo barroco, construido en gran parte por Bartolomeo Rastrelli, por encargo de la

zarina Isabel Petrovna Románova. Pero sería Catalina II La Grande, la que dotaría al edificio de toda la magnificencia que perdura hasta nuestros días.

Catalina fue la segunda modernizadora de Rusia, no en vano es ella como Pedro: grande. Fue ella quien llamó al palacio de invierno Ermitage (Эрмитаж en ruso), ya que decía que allí dentro podría ella sentirse una ermitaña. Así que a lo largo de su vida consiguió hermosas y costosas colecciones para adornar su maravillosa ermita. Desde entonces todos los zares prosiguieron en esta labor.

En este momento el Ermitage es un conjunto de palacios, cuenta con los edificios vecinos que poco a poco se fueron adhiriendo a lo que hoy es el museo más importante del mundo, superando en dos años consecutivos al Louvre de Paris, al Prado en Madrid y al museo Británico en Londres. Sus colecciones contienen el arte del mundo, y su belleza es difícilmente comparable. El edificio principal (el palacio de invierno), es de color verde, con enormes columnas color blanco. Sus techos están decorados con perfectas esculturas. En frete, la enorme plaza del palacio con la columna de Alejandro, y al respaldo el tranquilo y enorme río Neva.

Pero más adelante les hablaré con más detalle de cada uno de estos picos históricos, ya que cada uno contiene su propia historia particular. En esta ocasión quisiera contar sobre las sensaciones, de lo que trasciende a los libros de historia.

Durante seis meses he recorrido todo el muelle casi que a diario, mi universidad queda justo al terminar el conjunto de palacios del Ermitage, y mi parada de bus queda a uno de los costados del palacio de invierno. Así que lo he visto cambiar de color, lo he visto con hojas de otoño, lo he visto gris al aproximarse el invierno y lo he visto con copos de nieve al entrarse el invierno. Lo he visto en un marco azul cuando el Nieva es navegable, y en un marco blanco cuando el río es caminable, porque sí, en invierno los ríos y canales de la ciudad se congelan y uno puede pasearse por ellos y sentir la magia que sintió Jesucristo de tener el agua corriendo bajo nuestros pies.

No he experimentado una sensación más mágica que ver el amanecer sobre el museo, el sol poniéndose justo detrás del escudo de los zares, el escudo de la Federación de Rusia. El águila bicéfala se corona por el sol, mientras los tenues rayos van acariciando las paredes de palacio. En invierno el sol se pone a altas horas de la mañana y se oculta apenas comenzada la tarde, las horas de luz son pocas, y los días en que se ve la lámpara que alumbraba pero que no calienta son más pocos aún. San Petersburgo es gris la mayoría del tiempo en invierno, así que lograr capturar la imagen del sol sobre el Ermitage, resulta casi un milagro.

Recuerdo el día que llegué a sus puertas por primera vez, era una tarde gris, lluviosa, y a medida que cruzaba la plaza de palacio sentía que el corazón se me salía por la piel. Me acerqué con los ojos mojados, toqué sus paredes, y pasé por su puerta principal recordando que tenía la historia de la humanidad frente a mis ojos. Catalina, y todos los Romanov que la sucedieron habían entrado por esa puerta. ¿Acaso no estuvo aquí Miranda con las historias de ese continente cálido del cual provengo yo? ¿Acaso no había estado aquí Lenin y Stalin? ¿Acaso no se había dado aquí la revolución de Octubre cuando los revolucionarios se tomaron el palacio con toda delicadeza como quien acaricia una joya preciosa? ¿Acaso no estaban en ese lugar desde pinturas de Picasso hasta las momias de Egipto? ¿Acaso no era este el lugar más amado por los rusos, más emblemático, más entrañable, más enaltecido? La sensación solo puede ser comparada con la de Napoleón y su ejército viendo las pirámides de Egipto. En momentos como esos es que uno recuerda cuan hermoso resulta el mundo.

Ermitage, Ermitage... resulta reconfortante verlo. Cada vez que las cosas se ponen duras, cada vez que las falencias de mi comprensión del ruso me arrinconan, cuando la soledad aprisiona el alma, basta con alzar la vista y su verde turquesa se encarga de espantar los fantasmas del desasosiego y la soledad, de la distancia con los de uno y con lo que se dejó atrás.

*El nombre del palacio en inglés es Hermitage, traducido al español Hermitage. Lo cual es una vuelta innecesaria, los rusos no tienen la letra H, (la H rusa es la N española) así que su traducción correcta del ruso al español sin pasar por el inglés es Ermitage. La letra rusa ж, es como la J del francés, así que en español podemos pronunciarlo como una j. Sucede lo mismo con los nombres y la literatura en general, nos llegan las traducciones desde inglés, y por eso conocemos a Tchaikovski, cuando en realidad es Chaikovski. (Чайкóвский).



Cabezas . 2017

Tinta sobre papel , 146x134 cm.